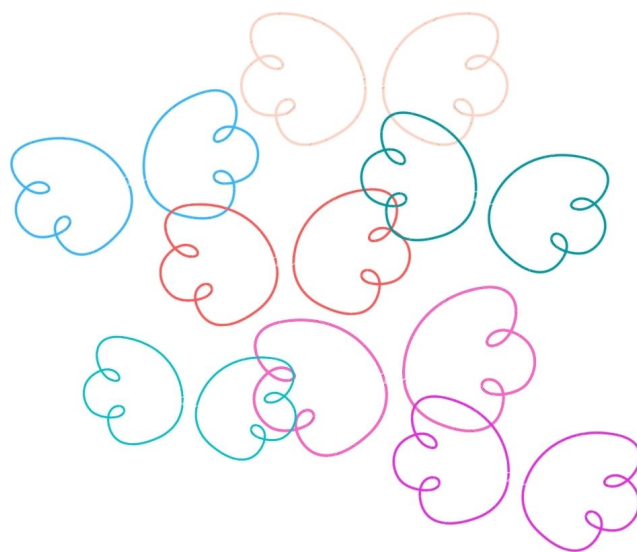


Buscando mis alas

Mia Hathaway



Buscando mis alas



MARÍA VALERO

Capítulo 1

Buscando mis alas.

Soy acuario. Nací en enero, uno de los meses más bonitos del año.

Vivo con mis padres y mis peces de colores. Tengo 3 peces: Rojo, Azul y Amarillo.

Hoy y aquí quiero contaros cómo encontré mis alas.

Capítulo 1: Mi cumpleaños

Escondida bajo las sábanas de mi cama era incapaz de dormir de lo nerviosa y emocionada que estaba. Al día siguiente o mejor dicho en unas horas sería mi cumpleaños. Ese era un cumpleaños muy especial porque mis padres me habían prometido ir al parque de atracciones donde se encontraba la mayor montaña rusa del mundo.

Todavía no había salido el sol, pero yo ya tenía los ojos bien abiertos. Todo el piso estaba en silencio, tan solo se oía a papá respirar profundamente.

Quería ponerme de pie, desayunar y subir al coche de papá destino a la aventura. Incluso había escogido ya la ropa que llevaría y la había colocado en la silla. Me pondría el vestido lila que me había regalado mi abuela.

"¿Y si me levanto, me ducho y me visto? Entonces, cuando se despierten, ya estaré preparada y podremos ir al parque. " pensé rápidamente.

Miré el reloj de sirenas que tenía en la mesilla de noche para saber qué hora era, pero todavía era muy pronto. La aguja del pez pequeño todavía no había alcanzado el número 6.

"Cierra los ojos un poco más Martina, ya queda menos. Ya queda menos." me dije ilusionada.

Sin darme cuenta me quedé dormida pensando en todas las atracciones a las que subiría.

A las pocas horas me despertó el olor a magdalenas y chocolate caliente. ¡Magdalenas y chocolate para desayunar! El día no podía empezar mejor.

Me bajé de la cama y me dirigí corriendo a la cocina. Cuando crucé la puerta, no esperaba lo que me encontré. El salón de casa estaba lleno de

globos de color lila, las

paredes decoradas con imágenes de unicornios y, en el centro, unas letras doradas enormes:

¡Feliz Cumpleaños!

Mis padres se lanzaron corriendo a abrazarme y con una enorme sonrisa que iluminaba sus caras exclamaron:

- ¡Feliz cumpleaños Martina!.

¡Qué alegría! Me encantaban los unicornios, el lila era mi color favorito y adoraba el chocolate. Todo era perfecto. Además, en la mesa del comedor había un gran ramo de flores, gran variedad de dulces y....¡regalos!.

- ¡Cuántos regalos! ¿Puedo abrirlos? - dije lanzándome a ellos sin esperar la respuesta.

Mientras abría los regalos, no podía dejar de pensar en mi deseo:

- ¿Cuándo nos vamos al parque de atracciones? - pregunté a mi madre emocionada.

- Cariño, necesitamos contarte una cosa. - me dijo con voz dulce pero apagada.

- ¿Qué ocurre? – susurré tras dejar de desenvolver el paquete que tenía en las manos.

- No será posible ir al parque de atracciones. Lo han cerrado temporalmente. Hubo una gran nevada que ocasionó algunos problemas y han tenido que cerrarlo unos días. Cuando vuelvan a abrir iremos, ¿vale? - contestó alegremente para animarme.

No sabía qué decir. Me sentía triste y decepcionada. Toda la emoción y los nervios acumulados habían dejado un gran vacío en mi interior.

- Martina, ven, no te desanimes, muy pronto iremos al parque. Ahora continúa abriendo todos tus regalos. ¿Quieres un poco de chocolate? - dijo mi madre para distraerme.

A medida que iba abriendo los paquetes mi alegría volvía. Un libro de princesas, puzzles de animales, acuarelas, plastilina y unos patines de colores. ¡Perfecto!

Finalmente abrí el último regalo. ¡No tenía palabras para expresar cuánto

me gustaba!

¡Eran unas alas enormes, las alas de un hada mágica!

Desde hacía meses soñaba con tener unas. Quería poder volar a lugares mágicos y vivir aventuras inolvidables.

Las alas estaban recubiertas de lentejuelas de color lila y purpurina dorada.

- Tesoro, ¿te gustan? - susurró mi madre mirando contenta a mi padre.

- ¿Son mágicas? - pregunté sin dejar de mirarlas.

- Claro, son las alas de un hada, pónelas. - respondió ilusionada.

¡Estaba tan contenta! Me las puse rápidamente mientras comía un trozo de magdalena de chocolate.

El resto del día estuve jugando con mis padres y disfrutando de los regalos. Cuando llegó el momento de ir a la cama, no quería quitarme las alas. Quería dormir con ellas. Las había llevado puestas todo el día, pero todavía no había descubierto su magia. Tras una pequeña discusión con mi madre y para que no se estropearan me las quité y las dejé apoyadas al lado de la cama.

- Descansad, mañana continuamos. - dije acariciándolas.

Esa noche me fui a dormir con una gran sonrisa.

Capítulo 2

Capítulo 2: Jugando a detectives.

Al día siguiente, cuando me levanté, lo primero que hice fue buscar mis alas, pero ahí no estaban.

¡Habían desaparecido!

- Mamá, mamá, ¡mis alas no están! - grité asustada.

- Martina, tienen que estar donde las dejaste ayer. Ordena tu cuarto y búscalas. - contestó mi madre gritando desde su habitación.

Me pasé todo el día buscando las alas. Primero miré en mi habitación debajo de la cama, detrás de la estantería, entre los peluches y dentro de los cajones del escritorio. Después busqué en el salón debajo del sofá, de la mesa grande, entre los libros de la biblioteca y las plantas de la terraza. También investigué por la cocina dentro de los armarios, de la nevera y del lavavajillas. Finalmente revisé el cuarto de baño dentro de la bañera, entre las toallas e incluso en la lavadora. En ese piso no estaban.

¿Cómo era eso posible? ¿Dónde habían ido? Eran mágicas pero no volaban, ¿o sí? ¿Era ese su secreto?

Estaba furiosa con el mundo. Exigía recuperarlas, yo quería jugar con mis alas. ¿Cómo podía encontrarlas? Me senté en mi mesa, cogí una libreta y un lápiz y me puse a pensar.

- Unicornios mágicos ayudadme por favor, vosotros estuvisteis ahí toda la noche, ¿no visteis nada? - pregunté mirando a las pegatinas de unicornios de la pared con la esperanza vacía de lograr un poco de inspiración.

Entonces tuve una idea: alguien se había enterado de que tenía unas alas mágicas y había entrado en mi habitación por la noche para llevárselas. Pero, ¿por dónde había accedido si todas las ventanas estaban cerradas?

- ¿Vosotros tampoco visteis nada? Rojo, Azul y Amarillo enviadme una pequeña señal. - pregunté a mis peces mientras echaba un poco de comida en la pecera.

Estuve un buen rato observando cómo bailaban en el agua y se peleaban por la comida. Mientras Rojo entraba dentro del barril agujereado donde había caído un poco de comida, se me ocurrió otra idea: alguien las había escondido.

Pero, ¿quién? Y, ¿por qué? ¿Acaso era esa su magia? Entonces, si se trataba de un juego de detectives, ¿dónde estaban las pistas? No había nada fuera de lo ordinario en mi habitación.

Me tumbé en la cama para continuar analizando todas esas posibilidades, pero sin darme cuenta se me fueron cerrando los ojos y me quedé dormida.

Capítulo 3

Capítulo 3: Flores de colores.

Cuando me levanté al día siguiente tenía una sensación que no sabría describir. Esa noche había tenido un sueño muy curioso. Recuerdo encontrarme en un jardín rodeada de flores lilas y blancas y escuchar una voz femenina decirme:

“Están ahí, abre los ojos.”

¿Se referiría a mis alas? ¿Sería el hada mágica que quería ayudarme a recuperarlas? ¡Claro, solo podía ser eso! El hada mágica me había hecho una visita en sueños.

Aunque tuviese que ir al colegio en vez de quedarme en casa, empecé el día con mucha energía. Mis alas estaban ahí, solo tenía que encontrarlas y sabía que lo conseguiría.

Estuve toda la mañana distraída pensando en la frase: “Están ahí”. Eso solo podía significar que estaban en mi habitación o ¿se refería quizá a todo el piso? “Abre los ojos” ¿Qué querría decir? Siempre tenía los ojos bien abiertos, solo los cerraba para dormir. ¿Cómo podía abrirlos todavía más?

Esa tarde todo lo que hice fue sentarme en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y observar cada detalle de mi habitación.

Conté el número de libros en la estantería, todos los peluches, los collares y las pulseras, los ponys y unicornios, todos los utensilios de mi cocina, los lápices de colores y las libretas. Hasta intenté contar el número de pelos de mis muñecas. Sin embargo, no podía contar alas de hada y, aunque no dejaba de observar con los ojos bien abiertos, ahí no estaban.

¿Acaso su magia era enseñarme a sumar y restar? En eso era ya muy habilidosa. Exigía que me devolvieran mis alas inmediatamente.

- Martina, ¿qué haces tan callada y quieta? ¿Te encuentras bien? ¿Ha ocurrido algo en el colegio? - dijo mi madre entrando en la habitación y sentándose a los pies de la cama.

- Sí mamá, todo bien, pero estoy triste porque no encuentro mis alas. - dije abrazándome las piernas.

- Vaya, ¿dónde las habrás dejado? No te preocupes, seguro que aparecen. Ven a cenar y mañana las busquemos otra vez. - dijo mientras se

levantaba.

Mientras cenábamos recordé el sueño. En él, me encontraba en un jardín rodeada de flores lilas y blancas. ¿Significaba eso que estarían quizá en la terraza junto a las flores? No pude controlar el impulso de ir a averiguarlo y me dirigí corriendo a la terraza. La ilusión solo duró unos segundos. Rápidamente me di cuenta de que ahí no había nada, tan solo flores y plantas.

Mientras volvía a la mesa se me ocurrió que quizá lo importante no eran las flores sino los colores: lila y blanco. ¿Qué tenía yo con esos colores? ¡Mi cama!

Las sábanas de la cama eran de esos colores, pero tras deshacerla comprobé que ahí tampoco estaban.

También tenía vestidos de esos colores, ¿estarían en el armario? Antes de meterme en la cama revisé el armario, pero ahí solo encontré vestidos, zapatos y chaquetas.

Esa noche volví a soñar. Estaba en mi cocina con mi peluche del conejo, el oso, el unicornio y la jirafa. Estaba cocinando carne con patatas y cantando feliz cumpleaños. Por el suelo podía ver unos papeles con dibujos. Uno de ellos tenía unas letras:

“Creer es crear”

Sin embargo, al despertarme, olvidé el sueño.

Capítulo 4

Capítulo 4: Tarta de chocolate.

El día siguiente por la tarde tras terminar el colegio vino Sofía mi vecina a jugar a casa. Estuvimos pintando con las acuarelas nuevas que me habían regalado por mi cumpleaños. Sofía es una artista. En vez de dibujar lo que veía, unas flores lilas en una maceta marrón, dibujó todo un jardín con flores de todos los colores y tamaños. También añadió árboles, pájaros, nubes y un arco iris.

- Sofía es precioso. ¿De dónde has sacado esa imagen? – le pregunté con admiración.

- ¡De mi imaginación Martina! Prefiero inventarme paisajes, es más divertido. – contestó sonriendo.

Entonces decidí coger una hoja en blanco y volver a empezar. Podía dibujar lo que quisiera. Todo era posible. Coches voladores, caballos con alas, zapatos con ruedas, ranas con alas, etc.

Mientras se secaban los dibujos, aprovechamos para ir a merendar.

- Martina, podríamos ir a jugar con la cocinita ahora. - me dijo tras ver el delicioso bizcocho que mamá nos había dejado en la mesa del salón.

Aprovechando los globos de mi cumpleaños, decidimos organizar una gran fiesta de cumpleaños para Pecas, la jirafa. Acordamos que Blanco el Conejo, Dormilón el Oso y Relámpago el unicornio serían los invitados. En apenas unos segundos nos convertimos en cocineras y preparamos un menú muy completo, con tarta de chocolate incluida. Al final soplamos las velas y le cantamos a Pecas la canción de feliz cumpleaños.

Y ahí, en ese instante, tuve una extraña sensación. Como si ya hubiese vivido esa situación y me vino a la cabeza una frase:

“Creer es crear”

No sé dónde la había leído, pero no la entendía. ¿Qué significaba?

Cuando Sofía se fue y mientras cenábamos, le pregunté a mi madre:

- Mamá, ¿qué significa creer es crear?

- Menuda pregunta Martina, ¿quién te ha dicho eso? - contestó

parpadeando más de lo normal.

- No lo sé...no me acuerdo. - dije escondiendo un poco la cabeza.

- Significa que aquello en lo que pienses muy fuerte puede convertirse en realidad. Por ejemplo, si piensas en que de mayor quieres ser una gran cocinera, si lees mucho sobre cocina y cocinas mucho, puede que te conviertas en una excelente cocinera. Si te esfuerzas, puedes conseguir aquello que te propongas. – respondió sirviéndome el puré de patatas.

Esa noche al meterme en la cama estuve un buen rato pensando en lo que acababa de explicarme mamá. Necesitaba entenderlo bien.

¿Qué es lo que yo quería?

Ser un hada mágica para visitar y jugar todo el día en mundos fantásticos. Entonces... ¡mis alas!

Me percaté que no había pensado en ellas en toda la tarde. ¡No las había buscado! ¡Mis alas! ¿Dónde estarían?

Según lo que me había dicho mamá, si pensaba tanto en las alas, pero no las encontraba, podía crear otras. ¿Era eso lo que quería decir la frase?

Capítulo 5

Capítulo 5: Lo invisible.

Muchas tardes después del colegio voy a casa de mis abuelos. Por mi cumpleaños me regalaron una tienda de indios enorme y muy bonita, pero ¿cómo iba a jugar yo sola con eso?

“Martina, creer es crear.” - Pensé.

Entonces lo entendí. Podía imaginar que era una princesa y mis muñecos los guerreros. Observé la habitación y ya no era una simple habitación. Se había convertido en un bosque con flores, árboles, ríos y enemigos.

- ¡Nos están atacando! - grité a los Ponys y a las muñecas - Necesitamos defender el poblado. Vosotras colocaros delante de la tienda y vosotros al pie de la montaña a pelear. ¡Abrid bien los ojos! Puede que lleven capas invisibles y no podamos verlos cuando nos ataquen.

En ese momento no lo pensé, pero esa noche al volver a casa tuve una idea: ¿y si mis alas fuesen invisibles? ¿Era esa su magia? ¿Era eso posible? Y si así fuese, ¿cómo iba a encontrarlas?

- Mamá, ¿existen las cosas invisibles? - pregunté llena de dudas.

- Últimamente me haces unas preguntas muy curiosas ... ¿Cosas invisibles? Si te refieres a los objetos físicos como juguetes, no, no pueden ser invisibles, pero las cosas realmente importantes sí son invisibles. - respondió mi madre mientras cocinaba.

- ¿Qué cosas? - pregunté con más interés.

- Por ejemplo, tu amistad con Sofía. ¿Existe un objeto que represente la amistad? Pueden existir muestras físicas de esa relación como el regalo que te dio por tu cumpleaños o los abrazos. Sin embargo, la amistad es un concepto abstracto, no es un objeto material como puede ser una libreta o un lápiz. Por lo tanto, es invisible. -

contestó mirándome a los ojos.

- Lo invisible, es igual de importante que lo visible, ¿no? Me gustan mucho mis libretas, pero me gusta todavía más la amistad con Sofía - respondí un poco confundida.

- ¡Por supuesto! Lo más importante es aquello que es invisible a los ojos. ¡Como lo mucho que te quiero! Anda siéntate en la mesa que vamos a cenar. Te he preparado tu plato favorito: arroz con salchichas - dijo con

una extraña expresión de felicidad en la cara.

Una vez en la cama me puse a pensar en esa conversación. Las alas que me habían regalado no podían ser invisibles porque eran un objeto. Entonces, debían seguir ahí escondidas.

Después de cenar, había estado revisando con papá todas las puertas y ventanas para asegurarme que nadie había entrado en casa. Cabía la posibilidad de que hubiesen entrado haciendo magia.

La magia era invisible, pero existía, ¿no? Por ejemplo, los magos de la televisión conseguían hacer desaparecer objetos. Eso era magia, ¿no? ¿Tendría que hacer magia para recuperarlas? ¿Dónde se aprendía la magia? ¿Existían escuelas de magia? Entonces, tendría que apuntarme a una.

Si tenía en cuenta lo que me había dicho mamá, si me imaginaba y creía que llevaba unas alas, ¿las llevaba en realidad? ¿Tenía unas alas mágicas invisibles? Pero, ¿para qué servían? Con esa duda me quedé dormida.

Capítulo 6

Capítulo 6: Los piratas.

El jueves fuimos de excursión con el colegio a una granja de animales. Concretamente a una granja de vacas donde nos mostraron cómo se obtiene la leche e incluso nos enseñaron a ordeñarlas. Al principio me asusté bastante. Las vacas son unos animales muy grandes y no es nada fácil la tarea, pero después fue muy divertido. Luego descubrimos cómo se convertía la leche en yogur. ¡Qué rico estaba!

Tras esta actividad, hicimos un picnic en el campo y nos pusimos a jugar.

- ¡Podemos jugar a los piratas! - gritó Sofía.

Primero juntamos unos troncos que encontramos formando una circunferencia e hicimos ver que eso era una isla desierta. Después cogimos unos papeles que tenían las profesoras y creamos los gorros de los piratas. Finalmente nos organizamos en dos equipos: los piratas y los indígenas.

Los piratas habían descubierto que el mayor tesoro del mundo se encontraba en esa isla y querían conquistarlo.

Debido a esto estaban preparando una estrategia para atacar sin ser descubiertos y así tener ventaja para poder llegar al tesoro más rápido. Sin embargo, los indígenas no querían que se llevaran el tesoro porque era toda su riqueza. Por ese motivo, estaban dispuestos a luchar con todas sus fuerzas para protegerlo y defender la isla de cualquier invasión.

Mientras los piratas se organizaban para acceder a la isla, yo que me encontraba en la isla tomé la iniciativa:

- Cuidado, cuidado, nos atacan con bombas, podemos protegernos detrás de esas piedras. - grité a mi equipo.

A los pocos segundos empecé a correr hacia esa dirección. Cuando me giré vi como mis amigos me estaban siguiendo sin dudar de mi propuesta. Nos dirigíamos todos juntos al mismo lugar para protegernos mientras ideábamos un plan de defensa.

En ese momento, uno de los piratas gritó:

- 3, 2, 1, allá vamos, ¡bomba va!

- ¡iiiBooom!! - Exclamaron los otros a coro.

- ¡Venid conmigo! - dijo otro pirata - Vamos a coger la barca pequeña para dirigirnos ahora a la isla. No nos verán porque están escondidos tras las piedras.

Así continuamos jugando toda la tarde hasta que tuvimos que volver a casa. En realidad, no estábamos en una isla, ni teníamos un barco, ni piedras, ni cañones, ni bombas, ni espadas. No teníamos nada, tan solo un par de troncos, piedras, papel y nuestra imaginación.

Nos lo habíamos inventado todo y, lo más importante, todos jugábamos juntos. Sin normas, sin reglas, sin líderes. Solo seguíamos cualquier iniciativa propuesta como si fuese la nuestra. Aquello que alguien sugería, se convertía al instante en una realidad para todos. Nadie lo dudaba, nadie lo cuestionaba.

Esa tarde, sin necesidad de desplazarnos, habíamos viajado muy lejos navegando por los mares del Capitán Garfio hasta llegar a la Isla de Nunca Jamás.

Esa misma noche tuve otro sueño. Me encontraba en el centro de una habitación completamente blanca. ¿Qué hacía yo ahí? No había absolutamente nada. A los pocos segundos escuché otra vez la voz femenina:

- ¿Estás segura? Vuelve a mirar.

Entonces empezaron a aparecer desordenadamente árboles muy altos, flores de todos los colores, cabañas de madera encima de los árboles, mariposas, ardillas, pájaros y unicornios. ¡Me encontraba en un bosque encantado!

- Siempre las has tenido - susurró la dulce voz - solo necesitabas abrir los ojos.

Capítulo 7

Capítulo 7: El secreto.

- Despierta tesoro. Buenos días, tengo una sorpresa.

Era mi madre que me estaba hablando muy bajito para despertarme con cuidado.

- Mamá, ¿qué ocurre? - respondí con los ojos aun cerrados.

- Despierta, hemos encontrado tus alas. – contestó todavía susurrando.

Abrí los ojos al instante y exclamé ilusionada.

- ¡¿Mis alas?!

Rápidamente me puse de pie. ¡Mis alas! No me lo podía creer. ¡Mis alas!

- ¿ Dónde estaban? - pregunté curiosa.

- Las encontramos anoche, cuando ya dormías, detrás del cabecero lila y blanco. Entré a apagar la luz de tu habitación, pero me despisté mirando a tus peces y tropecé con la mesa. Se cayeron unos libros al suelo y, cuando fui a recogerlos, las vi. Estaban ahí bien escondidas detrás del cabecero.

Las cogí como si fuesen el objeto más valioso que tenía. En cuanto las tuve en mis manos, me vino a la cabeza el sueño de la noche anterior y las frases:

° Siempre las has tenido.

° Solo necesitas abrir los ojos.

Así como todas las frases de los últimos días:

° Creer es crear.

° Lo más importante es aquello que es invisible a los ojos.

° Están ahí, abre los ojos.

En ese momento lo entendí todo. Todo.

Mi cara debió cambiar sin darme cuenta porque mi madre me dijo:

- ¿Qué te ocurre tesoro? ¿No te hace ilusión? Son tus alas, las que tanto querías. Póntelas.

- ¿Para qué sirven? - contesté sin dejar de observarlas.

- Para que puedas ponértelas, convertirte en un hada mágica, jugar y viajar ahí donde quieras. - contestó sin entender muy bien la pregunta.

Cogí las alas, las acaricié, me las puse y le contesté con una sonrisa:

- Mamá me encantan mis alas. Estoy muy contenta de haberlas recuperado. Muchas gracias.

- Pero ...- dijo mi madre intuyendo que había algo más.

- Esta semana he aprendido muchas cosas. He descubierto que no es necesario convertirse en hada para visitar lugares mágicos, sino que la magia la llevamos todos dentro. He entendido que las historias las crea uno mismo creyéndose lo que está diciendo y viviéndolo. He comprendido que es más importante lo que no se ve, que lo que se ve. Y, sobre todo, que tengo lo esencial para poder volar:

mi imaginación.

Le di un beso muy fuerte en la mejilla y la abracé muy fuerte. Mi madre se debió quedar muy sorprendida con mis palabras porque nos quedamos en silencio sin apenas movernos.

Fue pasados unos minutos cuando empezó a reaccionar. Me abrazó aun más fuerte, me apartó el pelo de la cara y me dijo con una inmensa sonrisa y una expresión mezcla de orgullo y satisfacción.

- Qué reflexiones más bonitas. Martina conseguirás todo lo que te propongas y volarás muy, muy alto. Eres una niña increíble. ¿Sabes a dónde vamos a ir hoy? Al parque de atracciones. Ya lo han abierto y podrás subir tantas veces como quieras a la montaña rusa.

Abracé a mi madre muy fuerte y le volví a dar las gracias. Esa había sido la mejor semana de cumpleaños.

FIN